

Humanos y animales en Fernando Vallejo: de Heidegger a Deleuze

Lionel Souquet
Université de Bretagne Occidentale
Brest, Francia

Políticamente incorrecto, Fernando Vallejo logra la hazaña de provocar a la vez los anatemas de los conservadores y de algunos intelectuales de izquierda¹. No ven que la provocación, la ambigüedad y, sobre todo, el humor –invertidor de sentido– son las claves de su obra. Vallejo nos explicita esta clave suya : «*Y ya que empecé hablando en perífrasis paso a hablar en parábolas. Y que entienda el entendedor y adivine quien adivine.*²» Como otros autores homosexuales, el «invertido» Vallejo asume plenamente la infamia de la inversión – como estigma social– y la trasciende en estética y en sistema discursivo. La totalidad del discurso vallejianos descansa en la inversión irónica. La omnipresencia de un perro –una perra– al lado del personaje principal pudo ser interpretada como la prueba del cinismo elitista del autoficcional pero hasta el cinismo se vuelve irónico cuando afirma, por ejemplo, el autor: «*Y entre chinche que muere a navajazo, y chinche que muere navajado, ahí se va controlando la población de Colombia, que crece sin parar.*³» Estas aseveraciones tajantes se ven siempre matizadas y, finalmente, aniquiladas por la expresión de una gran sensibilidad frente a las injusticias: «*A las puertas de los bancos duermen los gamines, los niños abandonados de Bogotá, cubriéndose con periódicos [...]*⁴»

Por eso, hay que buscar el sentido profundo de la obra de Vallejo más allá de las trivialidades de las polémicas ideológicas –aunque las incluye también pero ridiculizándolas–, a un nivel más filosófico, metafísico⁵. Heidegger es, sin duda, el filósofo predilecto de Vallejo: «*[...] Heidegger era algo así como el non plus ultra, el futbolista estrella? Agarraba el gran filósofo el balón existencial [...]*⁶» Veremos que su pensamiento es una clave que permitirá resolver muchas de las paradojas vallejianas.

Pero, a pesar de una formación intelectual muy clásica, Vallejo es también –por las

¹ En Colombia, el conservador Germán Santamaría («Prohibir al sicario», *Diners*, octubre 2000: <http://www.revistadiners.com.co/noticia.php3?nt=5125>) reclamó la prohibición de la película de Schroeder. Pero desde la izquierda y con la misma acrimonia, el universitario Pablo Montoya Campuzano, («Fernando Vallejo : demoliciones de un reaccionario», *Revista Número*, 8/10/2007, <http://www.revistanumero.com/index.htm>) describe a Vallejo como un peligroso nihilista de extrema derecha que adoptaría y alimentaría todos los prejuicios sociales y racistas de su casta. Además, su homosexualidad sería fuente de una profunda misoginia.

² F. Vallejo, *El fuego secreto* (1986), Bogotá, Alfaguara, 2004, p. 138.

³ F. Vallejo, *Los días azules* (1985), Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 133.

⁴ F. Vallejo, *Años de indulgencia* (1993), Buenos Aires, Alfaguara, 2005, 76.

⁵ E. Guzmán Mesa, «Literatura e individuación: una anotación sobre la relación entre literatura, psicoanálisis y filosofía a propósito de Vallejo», Medellín, Colombia, *Estudios de filosofía*, n° 28, 2003, p. 77-88.

⁶ F. Vallejo, *El fuego secreto*, op. cit., p. 197.

múltiples referencias al cine y al lenguaje popular o por la fragmentación de su escritura— un autor típicamente postmoderno. Por eso, el pensamiento filosófico de Gilles Deleuze y Félix Guattari ayuda a entender el universo complejo del autor colombiano. El amor exclusivo de Vallejo por los animales podría aparecer —quizás— como una consecuencia y una confirmación de su aparente misantropía. Deleuze y Guattari consideran que no existen diferencias internas entre los animales sino maneras distintas de verlos y tratarlos. La primera actitud consiste en transformarlos en animales edípicos: «[...] *los animales individuados, familiares domésticos, sentimentales, los animales edípicos, personales, "mi" gato, "mi" perro; esos nos invitan a regresar, nos arrastran a una contemplación narcisista [...]*»⁷ Al revés, todos los animales pueden ser tratados como manadas y multiplicidad. En Vallejo se encuentra un rechazo del animal edípico y una fascinación por una alianza demoníaca y subversiva con la jauría, la manada. En el universo autoficcional de Vallejo, los animales encarnan toda la potencia de los devenires. El devenir-animal es una involución —ni regresión ni evolución— que, por vía de los afectos nos arrastra, nos aparta de la humanidad: «¿*Quién no ha conocido la violencia de esas secuencias animales, que le apartan de la humanidad aunque sólo sea un instante, y que le hacen mordisquear su pan como un roedor o le proporcionan los ojos amarillos de un felino?*»⁸

La filosofía de Martin Heidegger: *Ser y tiempo*, « Ser-en-el-mundo »

Heidegger (1889-1976) es una de las figuras más importantes de la filosofía contemporánea: influyó en toda la filosofía del existencialismo del siglo XX, en Sartre, en Lacan, Derrida, Gianni Vattimo y en una gran parte de los pensadores que se interrogan sobre el Ser, la muerte de Dios, el nihilismo y la postmodernidad. El tema central de *Ser y tiempo* (1927) es el Ser o sea la dimensión divina del hombre. Heidegger se pregunta por qué hay algo, por qué existe el Ser. Como lo explica Françoise Dastur⁹, Heidegger piensa el ser «bajo el horizonte» del tiempo y, específicamente, en su relación con el *presente*. No es una coincidencia, pues, que el título general del ciclo de cinco «novelas autobiográficas» de Vallejo sea *El río del tiempo*. Además, casi todos los otros títulos se pueden entender como metáforas de la vida: *Los días azules* (1985), *Los caminos a Roma* (1985), *Años de indulgencia* (1993), *El desbarrancadero* (2001), *La Rambla paralela* (2002).

⁷ Deleuze, Gilles, Guattari, Félix (2002). *Mil Mesetas*, Valencia, PRE-TEXTOS, p. 246.

⁸ Deleuze, Gilles, Guattari, Félix, *Mil Mesetas*, op. cit., p. 245.

⁹ Françoise Dastur, *Heidegger et la question du temps*, Paris, Presses Universitaires de France, 1990, p. 5.

Al ente humano, al hombre, Heidegger lo llama *Dasein* («ser ahí»). El *Dasein* es un ser arrojado en el mundo, opuesto al hombre racional de las filosofías de la Ilustración. Como lo recuerda Pierre Dulau¹⁰, el *Dasein* no es el sujeto kantiano: es el hombre existencial que se angustia, que muere, es el ser para la muerte, tal como aparece de manera recurrente en las novelas de Vallejo: «¿*El aquí y ahora? De ése era del que se estaba despidiendo el viejo parado en el umbral del tránsito: de este lado las penas de la vida; del otro la infinitud del infinito.*¹¹» Como lo recuerda el filósofo argentino José Pablo Feinmann¹², el *Dasein* está arrojado hacia sus posibilidades: nuestros posibles nos constituyen. El *Dasein* antes que realidad es posibilidad. En este sentido, con la autoficción, Vallejo hace una transposición literaria de la filosofía de Heidegger. El narrador autodiegético de *Entre fantasmas* se define así: «*Yo soy el que sé qué soy, uno en su interior no tiene nombre. Ese que ven los demás o que pasa por estas páginas engañosas diciendo yo no soy yo, es un espejismo del otro [...] Llámenme como quieran pero no me pongan etiquetas [...] Yo soy el que soy y basta.*¹³» Texto y epitexto público se confunden constantemente, en el discurso vallejiano, para elaborar un autorretrato ambiguo del artista: aunque pretenda aclarar al lector, cada (auto)definición contribuye a despistarlo aún más.

Pero, para cada ser humano, la posibilidad de todas las posibilidades es la muerte. Es la posibilidad que anida todas las otras y a la vez es la imposibilidad de todas las otras porque la muerte puede imposibilitar todas las posibilidades. Es *El concepto de la angustia* de Søren Kierkegaard: el hombre es más profundamente hombre cuanto más profundamente se angustia: «*Se despertaba entonces bañado en sudor y con una angustia infinita.*¹⁴» La angustia proviene de la experiencia de la nada, es decir la experiencia de la muerte. Si afronto la experiencia de la nada estoy afrontando la más difícil e inaceptable de todas mis posibilidades, la que más me angustia. La nada me revela mi finitud. Es por medio de la vejez y de la muerte de su abuela como el «autoficcionalizador» vallejiano empieza a tomar conciencia de la realidad de la condición humana hasta afirmar, en uno de sus títulos, que vive *Entre fantasmas*: «*No te estaba apretando abuela, es que te quería retener para no dejarte ir. ¿Pero cómo detener el carrete loco que suelta hilo y más hilo y ya se va a acabar?*¹⁵» El hombre, el

¹⁰ Pierre Dulau, *Heidegger pas à pas*, Paris, ellipses, 2008, p. 46.

¹¹ F. Vallejo, *La Rambla paralela* (2002), Buenos Aires, Alfaguara, 2004, p. 101.

¹² El filósofo argentino José Pablo Feinmann publicó la novela *La sombra de Heidegger* (2005). Su programa de televisión *Filosofía aquí & ahora* constituye una excelente introducción al pensamiento de Heidegger. Aquí, me valgo esencialmente de los comentarios de Feinmann para presentar los conceptos de Heidegger.

¹³ F. Vallejo, *Entre fantasmas* (1993), Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 184.

¹⁴ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 88.

¹⁵ F. Vallejo, *El fuego secreto*, op. cit., p. 87.

Dasein es, pues, un Ser para la muerte. Este leitmotiv de la obra de Vallejo –la conciencia que tiene el *Dasein* de su finitud– se convierte en tema central de *La Rambla paralela* cuyo narrador autoficcional asegura –mediante una alucinante prosopopeya– estar muerto:

Su hermano Silvio, muerto. Su primo Mario, muerto. Su tío Iván, muerto. Su abuelo Leonidas, muerto. Su abuela Raquel, muerta. Muertos, muertos y más muertos. Veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, cien. A todos los había ido desgranando, uno a uno, de esta mazorca, la Muerte. Y a propósito, ¿cuál era el estado civil de él? ¿Soltero? ¿O casado? ¿Con religión? ¿O sin ella? ¿Vivo? ¿O muerto? –Muerto, señorita¹⁶.

El hombre inauténtico

El hombre se entrega a la existencia inauténtica –al mundo anónimo del «se» («se dice»), de la opinión y de la pasividad (hace lo que se hace, opina lo que se opina...)– que le permite negar la muerte y pensar que sólo mueren los otros. Al final de *La Virgen de los sicarios*, el narrador –que se ha vuelto invisible– va a la morgue para ver el cuerpo de su amante, el sicario Wilmar, y todos los cadáveres aparecen como si fueran animales, cosas u objetos incongruentes: «*Ahora eran cadáveres, materia inerte. Desnudos, rajados en canal como reses, les habían extraído las vísceras para analizarlas [...] El hombre invisible recordó esas combinaciones de objetos mágicas, insólitas con que soñaban los surrealistas, como por ejemplo un paraguas sobre una mesa de disección.*¹⁷» La muerte es un espectáculo, está fuera de mí, es algo que le pasa a los otros pero no a mí: «*Detestaba los ataúdes, las coronas de entierro, los entierros... Y a los vivos que llevan a los muertos.*»¹⁸ La muerte como espectáculo es la negación inauténtica que el *Dasein* hace de la muerte. El narrador de *La Virgen de los sicarios* lo muestra claramente cuando describe el comportamiento de la administración a la entrada de la morgue: «*Al que iban dejando entrar de la calle le mostraban un álbum de fotografías en color acabadas de tomar y revelar de los muertos calienticos: primeros planos como de Hollywood, close-ups.*»¹⁹ La comparación incongruente –pero matizada por un humor negro desesperado– con el primerísimo primer plano hollywoodiense resalta el horror absurdo de la escena.

El existente inauténtico no tiene conciencia como Vallejo lo subraya constantemente: «*–El que no oye no escucha. ¡van rumbo al abismo, locos, sordos!*²⁰» El mundo de la opinión, el mundo inauténtico, está constituido por los «Poderosos Otros». Cuando uno acepta este

¹⁶ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 150, 151, 152.

¹⁷ F. Vallejo, *La virgen de los sicarios* (1994), Buenos Aires, Punto de lectura, 2005, p. 169-170.

¹⁸ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 54.

¹⁹ F. Vallejo, *La virgen de los sicarios*, op. cit., p. 168.

²⁰ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 125.

mundo se pone bajo el señorío de los otros, es decir, concretamente, en nuestra sociedad: de los medios masivos de comunicación. Michel Foucault dice que los sujetos son sujetos. Este sometimiento a las ideas de los otros aniquila toda posibilidad de autenticidad. Para Heidegger lo más demoníaco del mundo de la inautenticidad es la publicidad y la avidez de novedades que se concreta en la moda. La sociedad de hoy olvida lo trascendente para consagrarse al dominio de los entes, de las cosas. Cuando Wílmor, sicario miserable de las *comunas* de Medellín, llega a casa de Fernando, se extraña frente a la inopia en la que vive: «"¡Cómo! –exclamó Wilmar al conocer mi apartamento–. ¡Aquí no hay televisión ni un equipo de sonido!"²¹» Poco antes, Fernando había sometido al joven a un curioso test: «Le pedí que anotara en una servilleta de papel, lo que esperaba de esta vida. Con su letra arvesada y mi bolígrafo escribió: *Que quería unos tenis marca Reebok y unos jeans Paco Ravanne*.²² [sic]». Cuando el muchacho le pide a Fernando que él también apunte lo que espera de la vida, el «viejo» gramático duda en escribir «nada» pero cambia de idea e inscribe el nombre de Wílmor. El deseo y el amor aparecen, pues, como los verdaderos ideales que pueden salvar al hombre del nihilismo.

La avidez de novedades es lo que Heidegger llama «errancia», un concepto que algunos críticos identificaron como antisemita. Lo que tenemos que conseguir es el afincamiento en la patria («*die Heimat*») pero, justamente, aquí es donde –a pesar de las apariencias– Vallejo disiente de Heidegger y se inscribe radicalmente en el pensamiento postmoderno «esquizo» («*schizo*», Deleuze) y nómada (como lo demuestra ya el título *Los caminos a Roma*): «–Y al diablo con esa cretinada de la patria, que uno no es de donde nace sino de donde se muere.²³» Vallejo es nostálgico pero no significa que sea conservador o reaccionario: «*La casa estaba igual y el barrio igual, tal como los había dejado hacía tantísimos años [...] Sólo que lo que no cambia está muerto...*²⁴» Una de las claves de comprensión de su universo es el amor a la vida que impide que sea realmente nihilista: «*Piche, amigo, mientras pueda y se le pare que vida no hay sino una sola [...]*²⁵»

El *Dasein* auténtico

El fundamento de la vida auténtica del *Dasein* consiste en enfrentar y aceptar la finitud. El *Dasein* auténtico enfrenta la angustia que le causa el hecho de que nadie pueda

²¹ F. Vallejo, *La virgen de los sicarios*, op. cit., p. 133-134.

²² F. Vallejo, *La virgen de los sicarios*, op. cit., p. 130-131.

²³ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 76.

²⁴ F. Vallejo, *La virgen de los sicarios*, op. cit., p. 149. (Subrayado mío.)

²⁵ F. Vallejo, *Mi hermano el alcalde* (2004), Madrid, Alfaguara, Santillana Ediciones Generales, 2004, p. 204.

morir por él, busca su propia voz, su propio juicio, su libertad: mi voz auténtica no se somete a las habladurías ni a la avidez de novedades, surge de mí y, en este sentido, es subversiva porque altera todo ese orden que está armado para anular a los sujetos. Es el significado de *La Virgen de los sicarios* : el narrador se convierte definitivamente en ser auténtico después de la muerte de Wílmor es decir a partir del momento en que entiende que su amante murió por culpa de él pero no por él: la muerte de Wílmor no salvará al narrador de la muerte.

Entonces, si consideramos que las novelas de Vallejo pueden leerse como cuentos filosóficos, sus comentarios sobre el pueblo y los pobres cobran otro sentido. Estos pueden ser la metáfora del *Dasein* inauténtico y anónimo y los anatemas del narrador pierden, de inmediato, su connotación social e ideológica, tomando un valor más trascendental, universal y metafísico: «*Yo no creo en ideologías. Creo en los hombres. En el hombre concreto que actúa así o así.*»²⁶ Pasa lo mismo con su hipotético racismo. En realidad, se trata de un «racismo metafórico» que no apunta a las razas (en el sentido pseudocientífico y racista de la eugenesia y de la ideología nazi) sino a la «raza» del hombre inauténtico que –justamente– no tiene identidad porque es anónimo:

«*Lo que pasaba era que el viejo no distinguía entre señoritas. Ni entre policías, ni judíos, ni negros, ni blancos, ni cobrizos, ni amarillos... Era un racista ecuménico, todos se le hacían igual.*»²⁷

«*Nada tenía contra los judíos ni contra los chinos ni contra los negros por ser judíos o chinos o negros sino humanos.*»²⁸

Fracaso del humanismo, salvajismo, devenir-animal...

Como se sabe, más allá de las teorías filosóficas, Vallejo y Heidegger comparten una misma ambigüedad ideológica: «¡*Ay san Adolfo Hitler mártir [...]*» exclama el autoficcionalista vallejiano, de manera provocadora e irónica. La eminencia de Heidegger dentro de la filosofía se ha visto marcada por la polémica, sobre todo la de su adhesión al Partido Nacionalsocialista Alemán²⁹. En 1946, Heidegger –que se había vuelto *persona non grata*– escribe un texto breve titulado *Carta sobre el humanismo*³⁰. Se trata de una respuesta a una carta en la cual el francés Jean Beaufret le hacía esta pregunta: «¿*Cómo se puede impartir*

²⁶ F. Vallejo, *El fuego secreto*, op. cit., p. 189.

²⁷ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 62.

²⁸ F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 79-80.

²⁹ En *Heidegger y el nazismo* (1987) el chileno Víctor Farías desata la polémica. Pero Elisabeth Roudinesco (*Libération*, 12/07/2005, p. 32-33: <http://www.denistouret.net/textes/Roudinesco.html>) pone en duda la credibilidad de Farías subrayando que el ensayista también generó polémica por las acusaciones que realizó en contra de Allende y el Partido Socialista. En 2005, en *Salvador Allende: Antisemitismo y Eutanasia*, Farías estudia la tesis de grado de Allende al que acusa de expresar ideas anti-semitas y ser partidario de algunos aspectos de la ideología nazi como el proyecto de esterilización de los discapacitados.

³⁰ Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

un nuevo sentido a la palabra "humanismo"?» Después de más de medio siglo, en 1999, el filósofo alemán Peter Sloterdijk presenta una conferencia titulada «Normas para el Parque Humano, una respuesta a la *Carta sobre el Humanismo*³¹», suscitando uno de los debates más importantes de la época. Implícitamente, Vallejo se inscribe también en esta polémica reivindicación del pensamiento de Heidegger. Sloterdijk afirma que, dentro del contexto europeo de la postguerra, la *Carta* de Heidegger revelaba la gran lucidez y valentía intelectual de su autor. En efecto, según Sloterdijk, el ensayo de Heidegger hace patente el fracaso del humanismo heredado de los filósofos griegos y latinos de la antigüedad y transmitido por el cristianismo, la Ilustración, el marxismo y el existencialismo. No sólo el humanismo no pudo impedir la barbarie nazi sino que también fue, durante 2000 años, el agente del no-pensamiento.

Según Sloterdijk, el humanismo se esfuerza en rescatar al ser humano del salvajismo. En realidad, la lectura de los autores clásicos –y la educación en su totalidad, laica y sobre todo religiosa, como la de los salesianos a la que alude Vallejo– sería un método de amansamiento o doma del «parque» humano. El hombre es un animal bajo influjo. Pero la cultura humanista, que intenta cautivar al hombre, naufragó en su papel inhibitorio frente a las nuevas bases de identidad de la cultura de masas y a su dimensión deshumanizadora: «*La era del humanismo moderno como modelo escolar y educativo ya ha pasado porque se ha vuelto insostenible la ilusión de que masivas estructuras políticas y económicas pueden ser ya organizadas siguiendo el modelo amigable de la sociedad literaria.*³²» Como lo subraya Adolfo Vásquez Rocca³³, la sociedad occidental disfraza su ferocidad con el ropaje de lo políticamente correcto, valiéndose de unos valores supuestamente humanistas pero falsos o impotentes frente al salvajismo del mundo. Ésta es la paradoja con la que debe enfrentarse cualquier autor postmoderno: ¿cómo seguir escribiendo si se admite que la cultura escrita es impotente frente a la barbarie?

Heidegger afirma que el lenguaje marca la diferencia ontológica entre el hombre y el animal. A través de Fernando, Vallejo da la palabra a los que nunca la pueden tomar: los sicarios de las *comunas*, es decir los más marginales de los barrios más pobres. Rinde audibles como seres humanos a aquellos que siempre fueron oídos como simples animales ruidosos. Aquí, el narrador vallejiano se hace portavoz de los bárbaros, en el sentido

³¹ Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, Madrid, Ediciones Siruela, 2000. Publicado en la web por la revista *Multitudes*: <http://multitudes.samizdat.net/Regles-pour-le-Parc-humain>

³² Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, op. cit.

³³ Adolfo Vásquez Rocca, «Sloterdijk, Habermas y Heidegger; Humanismo, Posthumanismo y debate en torno al *Parque Humano*.», *Eikasia. Revista de Filosofía*, año IV, 26 (julio 2009): <http://www.revistadefilosofia.org>

etimológico de la palabra (el que balbucea: *bar-bar-* similar a *bla-bla-*). Al quitarles la palabra, los «dominantes» –Sloterdijk considera que los letrados forman una secta– los rebajan al nivel del animal o de los objetos. Como lo señala Elsy Rosas Crespo:

«En *La virgen de los sicarios* no sólo el narrador y los personajes comparten el mismo idiolecto sino que, además, se involucra al lector. El lector –real e implícito– aprende la lengua del narrador –que también está aprendiendo la de los sicarios– y debe aceptar las agresiones que éste le dirige [...]»³⁴

En otras palabras, Vallejo –lejos de establecer una relación conservadora con el idioma– innova a partir del lenguaje oral, popular, marginal, creando su propio estilo. Es lo que Gilles Deleuze llama «hacer tartamudear la lengua», «minorizarla». Frente al fracaso del humanismo, Vallejo propone –en *La virgen de los sicarios*– una inversión del sistema de transmisión de la cultura y del saber, cuya metáfora sería la relación pederástica de la Antigua Grecia entre el erastés (el educador) y el joven erómeno (el amado). En la novela es Fernando, el hombre mayor y culto, quien recibe una enseñanza fundamental –metafísica– por parte de los jóvenes sicarios y son ellos los que intentan protegerlo. Los sicarios son ignorantes pero conocedores o, por lo menos, reveladores de lo esencial: ¡el valor de la vida! Vallejo sugiere que ahora escuchemos a los «salvajes», a los «bárbaros», para integrarlos en vez de domesticarlos como si fueran animales.

En varias novelas Vallejo describe su pasión singular con su perra Bruja, un Gran Danés. A partir de *Los días azules* (1985), primer opus del «ciclo autobiográfico» de Vallejo, y de manera recurrente, el «autoficcionalizador» evoca este animal como si se tratara de una verdadera compañera, casi una amante: «*Tengo ahora a mi lado mientras recuerdo, mientras escribo, a una señora de abrigo negro, maravillosa.*»³⁵ Las comparaciones antropomórficas podrían ser el indicio de individuación del animal pero, gracias a la connotación diabólica de su nombre, la perra de Fernando escapa a la concepción lenitiva, sentimental y edípica. Vallejo rechaza todo «humanitarismo» de fachada, auto-satisfecho, complaciente y consensual. Cuando fracasa el humanismo y triunfa el salvajismo de la humanidad, cuando –en opinión de Michel Bibard– la ley de Medellín³⁶, metáfora del apocalipsis, acaba siendo la ley mundial, la conciencia del artista lo lleva a dar la espalda al hombre y a firmar un pacto con el animal: «*[...] lo desigual, lo rugoso, la asperidad, el máximo de desterritorialización*

³⁴ Elsy Rosas Crespo (Universidad Nacional de Colombia), « Los sentimientos ocultos de Pablo Montoya », 12/11/2007, http://ensayista.blog.com.es/2007/11/12/los_sentimientos_ocultos_de_pablo_montoy~3286592/

³⁵ Vallejo, Fernando (2005). *Los días azules* (1985), Buenos Aires: Alfaguara, pp. 38-39.

³⁶ Véase Bibard, Michel (1997). « Note du traducteur », *La Vierge des tueurs*, Belfond, p. 191-194.

[...] *Para devenir-animal, uno siempre hace alianza con el Anomal, Moby Dick o Josefina.*³⁷» En *El desbarrancadero*, el «autoficcional» relata la trágica agonía de su hermano, enfermo de sida, y recuerda simultáneamente la muerte de su padre de un cáncer. Esta novela familiar, canto de amor y odio en el que el narrador autoficcional maltrata increíblemente al personaje de la madre castradora, es también una despiadada máquina de guerra en contra de los estragos de la neurosis edípica y contra la indiferencia y la intolerancia de la sociedad hacia los enfermos de sida. El relato «agónico» se convierte poco a poco en proceso saludable y emancipador para el narrador autodiegético. El intenso dolor moral de Fernando lo proyecta en unos delirios alucinadores que aceleran su iniciación afectiva y ética. Durante una de estas bajadas al infierno que lo llevan a los límites de la locura, Fernando hace alianza con las ratas contra la maldad neurótica de los seres humanos:

*[...] mis hermanas las ratas. [...] De los oscuros rincones del recinto, acudiendo a mi llamado iban surgiendo. Venían de sus moradas de desdicha, las humildes alcantarillas del subsuelo [...] ¿A qué venían? A verme, a saludarme, a quererme. [...] una [...] se pone a lamerme la mejilla. —¡Ay Maruquita, qué loca que sos! ¿No te da miedo de que te infecten los humanos*³⁸?

Esta escena condensa la alianza fraterna y demoníaca con las ratas, animales de «abajo», y la inversión irónica y subversiva del carácter contagioso. El pacto hombre-animal es una alianza en contra de la genealogía, es una «comunidad de destinos», lo que Deleuze y Guattari llaman propagación por epidemia:

*Nosotros oponemos la epidemia a la filiación, el contagio a la herencia, el poblamiento por contagio a la reproducción sexuada, a la producción sexual. Las bandas, humanas y animales, proliferan con los contagios, las epidemias [...] las bodas contranatura, son la verdadera Naturaleza que atraviesa los reinos. [...] el contagio, la epidemia, pone en juego términos completamente heterogéneos: por ejemplo, un hombre, un animal y una bacteria [...] El Universo no funciona por filiación*³⁹.

En sus ensayos de biología, *La tautología darwinista* (1998), Vallejo expresa la misma idea, poniendo las teorías de Darwin en tela de juicio y rechazando, de manera explícita, los conceptos racistas y elitistas de filiación y herencia:

*Pero existe otro tipo de transmisión, que constituye la excepción: una transmisión ocasional que se da entre dos organismos cualesquiera, emparentados o no, de una misma especie o de otra, de un mismo reino o de otro, algo así como la contaminación [...] que se da a menudo entre bacterias. [...] Así que la generalidad de que los seres vivos heredan sus características de sus progenitores no alcanza a ser una ley [...]*⁴⁰

³⁷ Deleuze, Guattari, *Mil Mesetas*, op. cit., p. 249.

³⁸ Vallejo, Fernando (2003). *El desbarrancadero*, Madrid: Alfaguara, p. 154-155.

³⁹ Deleuze, Guattari, *Mille plateaux*, op. cit., pp. 295-296.

⁴⁰ F. Vallejo, *La tautología darwinista y otros ensayos de biología*, Madrid, Taurus, 2002, p. 25-26.

¡No es la alianza de la Civilización y de la Barbarie sino la alianza de todas las Barbaries en contra de la Civilización! Vallejo hace alianzas con las minorías, con quienes están en desventaja con el poder, como los jóvenes, los homosexuales, los enfermos de sida, los sicarios... con los tráfugas de una sociedad normativa. Vallejo torna visible lo que hasta entonces era invisible y rinde audibles a aquellos que siempre fueron oídos como salvajes o animales ruidosos. Todas estas manadas inter-reinos, resultado de alianzas contranatura –este devenir-animal del hombre–, todo este *Furor* provoca el contagio, contamina, hostiga, acosa y mina las organizaciones «molares» como la literatura culta (o de élite), la cultura institucional, la institución familiar y el Estado:

Hay toda una política de los devenires-animales, como también hay una política de la brujería: esta política se elabora en agenciamientos que no son ni los de la familia, ni los de la religión, ni los del Estado. Más bien expresarían grupos minoritarios, u oprimidos, o prohibidos, o rebeldes[...]⁴¹.

Conclusión

Vallejo se compromete, como artista y a través de su doble autoficcional, en un devenir-animal demoníaco y revolucionario que le permite franquear los reinos y los géneros y desterritorializarse. Sin dejar de cantar su amor por su abuela ni por los «viejos maricas» miserables, por los más bastos y despreciables aunque temibles, los sicarios analfabetos de las *comunas*, Vallejo, este falso cínico, humanista y sentimental, maldice la humanidad porque ésta se ha descarriado, envilecida por la codicia, la corrupción, la sed de poder, el odio y la violencia. Opuesto al cinismo moderno de los que se comprometen con el poder, Vallejo practica lo que Sloterdijk llama «kunismo», es decir las virtudes del cinismo antiguo de Diógenes de Sinope como la risa, la ironía y sobre todo la invectiva. Denigrando a los políticos tanto de derecha como de izquierda, Vallejo ocupa una posición ideológica de las más problemáticas: «-Resumiendo, el viejo era un anárquico. –Sí y no.⁴²» Insurgente ante las injusticias, Vallejo no es un nihilista egocéntrico sino un intelectual rompedor que lucha contra la falsedad de lo políticamente correcto. La fuerza de su obra reside en el peligro que ella representa para todo pensamiento consensual y esclerosante. Condenado por los ideólogos moralistas de derecha y de izquierda, Vallejo ve a los intelectuales, quienes preconizan los más altos valores morales, como hipócritas y descarriados. En un sistema tan decadente –en su opinión– como la democracia colombiana, la ética y el civismo son valores

⁴¹ Deleuze, Guattari, *Mil Mesetas*, op. cit., p. 252.

⁴² F. Vallejo, *La Rambla paralela*, op. cit., p. 114.

carentes de sentido pero el *Furor* del autoficcionalador «auténtico» –consciente de su finitud– le permite dar voz a las minorías por las que se deja contagiar.